

Ardis Vas

Ideas para discurso o conferencia CLACSO

1. Significación personal y nacional de este evento. La importancia de la realización de CLACSO en Chile. Lo que significó en la lucha contra la dictadura. Vinculación personal de RL con CLACSO.

2. Quisiera enfocar mis reflexiones dentro del marco del tema académico de la asamblea: Los siglos XXI de América Latina y a partir de la cuestión que nos planteara nuestro gran Premio Nóbel latinoamericano García Márquez: si las estirpes que conocieron cien años de soledad, y los nuestros son mucho más de cien, tendrán una segunda oportunidad en la tierra. Y quisiera contestarla desde la perspectiva que nos abriera nuestro más reciente Premio Nóbel, Octavio Paz: cada sociedad tiene y vive su propia modernidad. ¿En qué consiste nuestra oportunidad y nuestro siglo XXI?

3. Una cierta autocomplacencia parece imperar en medios oficiales intelectuales y tecnocráticos respecto de nuestra realidad y nuestro futuro. Ya se acabaron los tiempos de los grandes proyectos ideológicos globales, ya se desmoronó la ilusión del mundo socialista alternativo y desapareció del horizonte la utopía revolucionaria. Con la democracia política, que representó la ganancia de los ochenta y con la verdad indesmentible del capitalismo, la economía de mercado y la economía abierta, podremos recuperar la parte perdida de la década de los ochenta, 4y enfrentar esta década, el próximo siglo, y el nuevo milenio, accediendo a la modernidad y el fin de la historia. Los países que no se plieguen a esto quedarán marginados y serán definitivamente inviables.

4. Me preocupa esta visión. No por el diagnóstico involucrado respecto del término de los llamados socialismos reales o del

agotamiento del modelo revolucionario, sino por la extraordinaria simplificación teórica e histórica que involucra.

Quiero reflexionar sobre ello y extraer las consecuencias para el ámbito político y de las ciencias sociales.

5. En primer lugar, es cierto que con escasas excepciones los países de América Latina parecen haber culminado las transiciones democráticas desde regímenes autoritarios o han realizado democratizaciones políticas desde regímenes proto o semi-democráticos.

Sin embargo, estas democratizaciones o transiciones han sido incompletas y, en el plano estrictamente políticos han dejado sin resolver importantes problemas como:

-la extensión de la ciudadanía a vastos sectores sociales o étnicos no integrados,

-la constitución de sistemas partidarios realmente representativos y arraigados en la sociedad,

-la generación de mayorías de gobierno que aseguren la representatividad, la gobernabilidad, y la estabilidad de las políticas públicas,

-la descentralización del poder a través de espacios locales y funcionales que hagan cotidiana la experiencia de participación democrática,

-la subordinación institucional efectiva del poder militar al poder político,

-la reforma del presidencialismo que exacerba las polarizaciones de la lucha política.

Junto con completar las transiciones o democratizaciones políticas, es necesario asegurar la consolidación y estabilidad de estas democracias. Ello no puede hacerse sin enfrentar las tareas de modernización y democratización sociales a las que me referiré más adelante. Pero quisiera señalar otro problema crucial en esta materia que ha sido recientemente tratado por diversos autores y que constuye una dramática experiencia para varios de estos países. Se trata de la cierta irrelevancia que adquieren las instituciones democráticas, pese a la inexistencia de una alternativa autoritaria, para cumplir las funciones propias de todo régimen político, y el procesamiento de estas funciones a través de poderes fácticos con la general descomposición del sistema político.

En síntesis, parece que hemos superado el ciclo autoritarismo-democracia, pero no hemos aún conquistado plenas democracias políticas. Esta es la primera tarea de las próximas décadas.

6. En segundo lugar, no habrá consolidación de la democracia política sin procesos de modernización y democratización sociales, que integren en una sola sociedad diversificada y plural los diversos mundos civilizatorios de nuestros países que parecen condenarlos al dualismo, la pérdida de identidad y la inviabilidad.

Dos problemas resaltan aquí.

El primero es el que se refiere a la pobreza y a la marginación de millones de seres humanos de los beneficios mínimos de la civilización, lo que algunos han calificado del gran "escándalo moral". Y no será el mero crecimiento económico el que resolverá este problema, sino la capacidad, audacia y generosidad para enfrentar profundas reformas estructurales.

El segundo es el tema de la modernidad a que aspiramos. Hay sobre este tema demasiada superficialidad y banalidad y una cierta infatuación al pensar que sólo ahora estamos encarando nuestra modernidad y que ella está identificada con un determinado proceso de modernización y con un solo instrumento como sería el mercado. Estamos en la tarea de la modernidad desde décadas y siglos y ella no se confunde con las formas de modernización de otros contextos históricos. Es cierto que hemos vivido una modernización exógena: ¿en qué lugar del mundo ello no ha sido así en este siglo?. Pero los elementos exógenos están imbricados en una gran meztizaje cultural, el signo de nuestra identidad, con elementos que nos son propios. Nuestra identidad es esta fusión original y nuestro desafío, ante el agotamiento del modelo de modernidad que se identificó a la sola racionalidad instrumental y al imperio de la razón y el progreso, es la adecuada combinación entre la racionalidad instrumental a la que no renunciamos, y la racionalidad expresiva y comunicativa. En esta combinación radica nuestro modo de inserción y nuestro aporte a la humanidad.

7. En tercer lugar, junto con conquistar la plena democracia política, asegurar la democratización e integración social y cultural de nuestras sociedades, y desarrollar nuestra propia modernidad, debemos encarar nuestra forma de inserción en el mundo del mercado transnacionalizado. Estoy refiriéndome al modelo de desarrollo.

De nuevo aquí se nos quiere imponer la visión que ya está todo resuelto y que es cuestión de aceptar el papel irrestricto del mercado, privatizar, y definirnos como economía abierta, para tener definido nuestro modelo de desarrollo. Vuelven a identificarse los problemas y sus soluciones con una mera enumeración de instrumentos. El modelo de desarrollo de nuestros países no está definido. El mercado y la economía abierta, el capitalismo si se quiere, definen bien un modelo de acunulación,

pero no definen las formas o modos de producción a partir de los recursos y de las revoluciones científico-tecnológicas, y no definen tampoco un modelo de desarrollo que supone un modelo distributivo, una forma de organización social y del trabajo, una forma de incorporación del conocimiento científico y técnico. Estamos lejos de haberle dado una proyección y contenido a nuestra afirmación del modelo de acumulación de mercado y economía abierta.

En este punto vuelve a hacerse presente un tema que ha querido despacharse con extrema facilidad, el del Estado. Digámoslo claramente: no hay desarrollo en este siglo ni en el próximo sin un rol activo del Estado. El problema no es entonces el de la reducción, privatización o desmantelamiento del Estado, sino el de su reforma en el sentido de la descentralización, modernización, agilización y participación.

Ello implica un cambio profundo en la relación entre Estado, sistema político y el conjunto de la sociedad y los actores sociales, en el sentido del triple fortalecimiento autónomo de cada una de estas esferas, de control de un Estado fuerte por parte del sistema político, y de éste por parte de la sociedad y los actores sociales.

8. La resolución adecuada de estos tres desafíos y sus complejidades, constituye nuestra segunda oportunidad en la tierra y la construcción de nuestra propia modernidad. Ello plantea, a su vez, desafíos a la acción política y al trabajo de las ciencias sociales.

Respecto de la primera, digamos que actuar en política a partir de las tareas indicadas y no de modelos ideológicos que nos definen la arquitectura utópica de una sociedad o de modelos históricos predeterminados, constituye una mutación de nuestra cultura política. Atrás quedan los mesianismos de Estado,

populistas, de partidos, de clases sociales. La política la hacemos a la intemperie de los mitos, utopías y percepciones del otro, que nos desgarraron por décadas.

Hoy reconocemos que la lucha por la igualdad no resuelve la lucha por la libertad, que ninguna de las dos aseguran de por sí el éxito en la lucha por la identidad e independencia nacionales en el mundo transnacionalizado hegemónicamente que vivimos. Y que hoy día la gente no sólo aspira a mínimas cuotas de igualdad, libertad e independencia nacional, sino a también la felicidad, no como expresión de la explosión individualista, sino como una nueva forma de tomar conciencia del yo y del nosotros a la vez. Para todas estas tareas y estas luchas ya no hay adversarios definidos de antemano ni sujetos privilegiados y portadores de la liberación individual y colectiva. Y ello cambia radicalmente el sentido que le dimos a la política.

Reflexionar desde las tareas y desafíos es también una mutación en el pensamiento y trabajo de las Ciencias Sociales. Porque ya no hay un paradigma teórico y metodológico que nos diga cómo se avanza a un tipo de sociedad prefijada, moderna, socialista, capitalista, democrática, o como se le quiera llamar. No hay "una" sociedad de llegada como estuvimos acostumbrados a pensar en las décadas pasadas ni tampoco una ley de determinación estructural universal que nos diga que a tal dimensión o nivel de la sociedad le corresponda unívocamente otro. La interrelación entre estructuras, procesos, y actores, por un lado, y entre economía, organización social, política y sociedad, deben ser estudiadas no a partir de una gran teoría que le asigne a cada uno un nicho predeterminado, sino a partir de cada sociedad, de sus propias determinaciones históricas y de las tareas y desafíos que ésta debe enfrentar. Este es el mundo nuevo abierto a las ciencias sociales.